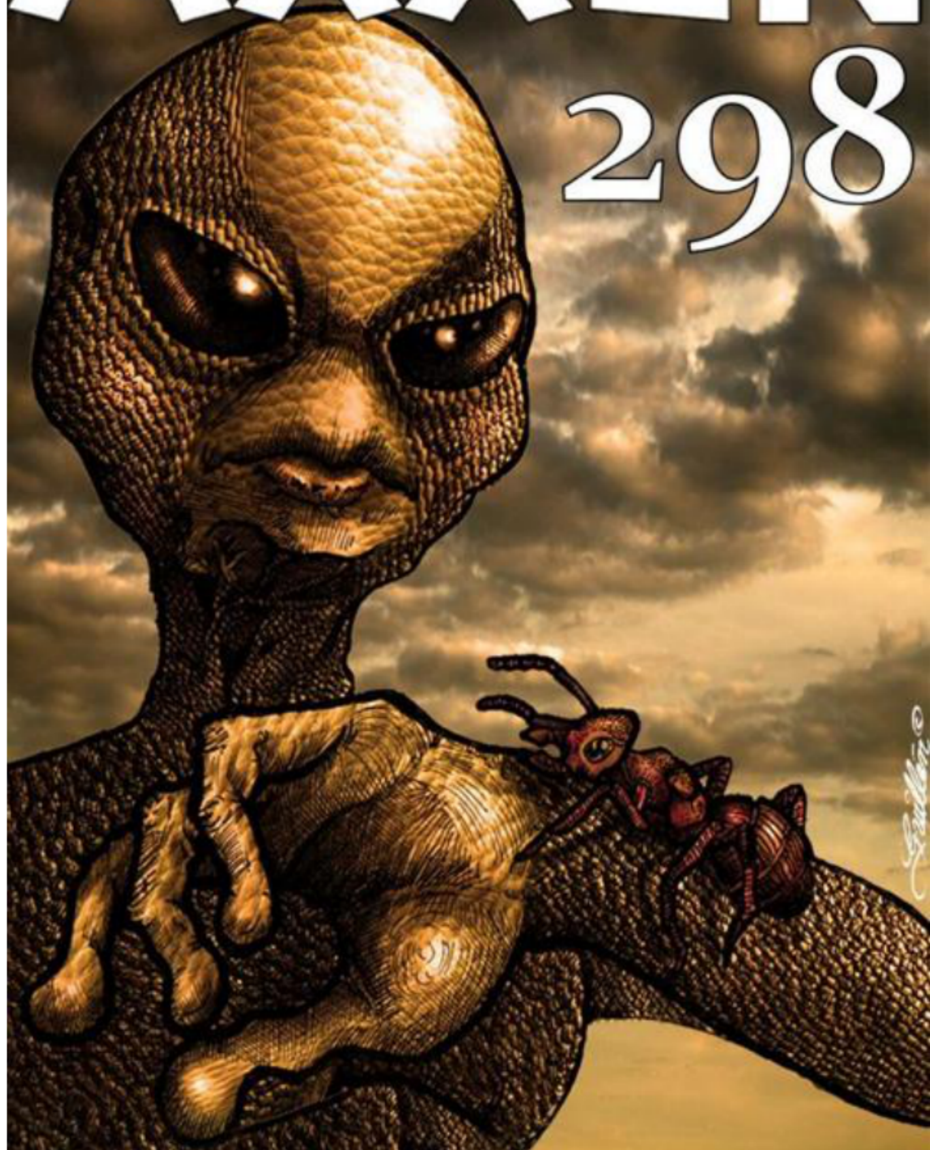

ciencia ficción en bits
AXXÓN
298

Axxón 298, marzo de 2021

Editorial - Axxón 298



En mi trabajo diario de programador, suelo buscar formas de automatizar las tareas repetitivas que me encuentro en la vida diaria. Buena parte del proceso de selección y publicación de Axxón recibe ayuda de herramientas (propias y ajenas) que facilitan la labor, reduciendo errores y facilitando una comunicación efectiva y ágil con nuestros colaboradores.

Estas soluciones resultan normales para la mayoría de nosotros, pero eran impensadas hace unas décadas, cuando la cf iniciaba sus pasos. Las computadoras eran vistas como gigantescas mentes, incluso con personalidad propia, que resolverían problemas por nosotros. No era tan habitual que pensáramos en ellas como ingenios de tremenda capacidad y velocidad sorprendente, pero que simplemente realizan las tareas que les programamos, a gran velocidad. Incluso los sistemas que llamamos "inteligencias artificiales" son sistemas expertos que utilizan matemática avanzada para resolver problemas específicos, pero están extraordinariamente lejos de funcionar de forma similar a una mente humana; la posibilidad de que adquieran autoconciencia está muy lejana, y hay quienes son escépticos de que alguna vez se llegue a ese punto.

Las capacidades de las computadoras crecen de forma extraordinaria año tras año. Aun las predicciones que parecían más escandalosamente exageradas en el pasado han sido superadas; en *Star Trek: The Next Generation*, Data tiene una capacidad de 800.000 billones[1] de bits (lo que serían unos 100 petabytes u 88,81 pebibytes[2]); no está prohibitivamente lejos de los tamaños actuales de almacenamiento externo. Data podía procesar 60 billones de

operaciones por segundo (60 *teraflops*); la supercomputadora más rápida del mundo al momento de escribir estas líneas es la Computadora K, que en 2011 ya reportaba 10 *petaflops*, 166 veces más rápida que Data en la ficción. Y, por supuesto, no requiere cerebros positrónicos ni ha adquirido una inteligencia digna de un androide de tipo Soong.

Esto permite resaltar lo que se ha dicho más de una vez: la ciencia ficción no es predictiva. Algunas de las invenciones de la tecnología son previsibles y pueden aparecer en las ficciones; otras discurren por caminos totalmente no imaginados. Siempre recuerdo el caso de la novela *ORA:CLE*, de Kevin O'Donnell; no llega a imaginar la web, ni siquiera los sistemas operativos que protegen su memoria de los procesos que invaden la memoria de otros (aunque UNIX ya existía, no era tan conocido); sí presenta un mundo en el que la gente trabaja y vive casi sin salir de su casa, incluyendo muchas formas de trabajo remoto, lo que en estos tiempos de pandemia puede parecer precognitivo pero es una mera coincidencia, una herramienta para contar la historia.

Lo que debemos tener presente es que, por más que ignoremos cómo operan los artilugios tecnológicos avanzados que nos rodean, su funcionamiento no es mágico. Detrás de ellos hay programación, que puede contemplar todos los casos posibles o, como ocurre en muchos casos, dejar que lo imprevisto se escape por los bordes. Dependemos cada vez más del profesionalismo y el trabajo adecuado de las personas que hacen funcionar los automatismos de nuestras vidas.

Según el grado de confianza que tengamos en la conducta humana, eso puede reconfortarnos o angustiarnos. Le dejo al lector la elección de qué actitud prefiere adoptar.

En este número continuamos trayendo voces nuevas a la vez que antiguos conocidos, y un ensayo acompañando a las ficciones. Esperamos que lo disfruten.

[1]	*800 quadrillion* en el original, pero recuérdense las diferencias entre los múltiplos en inglés y en castellano
[2]	Las potencias decimales como "peta" son múltiplos de mil. Durante mucho tiempo se han usado de forma indistinta con las potencias de 1024, pero estas últimas han recibido unidades

separadas, los prefijos binarios.

Breve ejemplario de hábitos reproductivos alienígenas

Pedro Pablo Enguita Sarvisé

[image] **ESPAÑA**

El objetivo de este breve ejemplario es servir de introducción a los futuros miembros del Cuerpo Diplomático de Planetas Unidos de la variedad de hábitos reproductivos con los que se pueden encontrar una vez sean destinados a un puesto diplomático en territorio alienígena.

Esta pequeña colección de ejemplos no pretende resultar una compilación exhaustiva y carece del rigor que se exige en una publicación académica. Para ello se remite a los alumnos a la bibliografía recomendada.

Los marraklainos equiparan el sexo al lugar en el que realiza.



Ilustración: Pedro Bel

Habitan un mundo similar a la Tierra. Su apariencia es humanoide pero, al descender de crustáceos, se reproducen mediante huevos, que ponen en nidos excavados en las playas arenosas de su planeta. La fecundación es externa: la hembra pone los huevos en un rudimentario agujero y el macho los fecunda rociándolos con su esperma. Una vez hecho esto, cubren el nido con arena.

Los cuidados paternales de los marraklainos terminan aquí. Macho y hembra abandonan el lugar y se despreocupan por su descendencia. Los progenitores no cuidan los nidos, ni tampoco las larvas que eclosionan de ellos.

Desprotegidos, los huevos se convierten en una presa fácil para los depredadores. Y cuando eclosionan la cosa no mejora. En cuanto nacen, las

larvas tienen que emerger por su cuenta a la superficie y llegar al mar lo antes posible, arrastrándose por la arena con sus pequeñas extremidades. En estas circunstancias, la mayor parte de los marraklainos son devorados en su más tierna infancia y solo una estricta minoría vuelve a la playa que los vio nacer, ya en forma adulta.

Los adultos no mantienen contacto ni con sus progenitores ni con su descendencia. Los marraklainos consideran que su única obligación para con sus descendentes es la puesta. Es ese momento, único y peligroso, el que centra todas sus preocupaciones.

La biología ha hallado un sencillo mecanismo para mejorar las magras posibilidades de sobrevivir de los pequeños marraklainos: todas las puestas se realizan tres días concretos del año. La especie confía en la superioridad de sus números frente a la voracidad de los depredadores.

El advenimiento de la civilización no cambió lo que la evolución había gestado durante millones de años. La puesta siguió siendo una obsesión para los marraklainos pero el barniz del progreso añadió leyes, costumbres, tabúes y protocolos. Hoy en día los días de puesta se declaran festivos, se cierran por ley todos los servicios salvo los esenciales y es obligatorio que los adultos acudan a las playas para ahuyentar a los posibles depredadores.

Buena parte de esas costumbres son atavismos evolutivos y carecen de utilidad en la vida moderna. Así, por ejemplo, la concentración de adultos en las playas era necesaria cuando grandes manadas de depredadores campaban a sus anchas, asaltando los nidos. Pero carece de sentido hoy en día, cuando los marraklainos están armados con rifles de pulsación.

Del mismo modo, millones de años atrás, los antecesores de los marraklainos mantenían los puntos de puesta fuera de la vista de los predadores. A esa medida, aunque lógica en la prehistoria, se le ha dado una absurda vuelta de tuerca hoy en día. Así, durante los tres días de puesta, los extranjeros son tratados como un peligro público y tienen prohibido pisar la calle. Incluso el resto del año sufren severas restricciones de movimientos, estando vetada su entrada a la costa y, por añadidura, a todos los lugares arenosos del planeta.

El obsesivo celo de los marraklainos por sus puntos de puesta limita no solo a los extranjeros sino a su propia civilización. El conocimiento de la ubicación de los puntos de puesta está restringida a los individuos adultos y solo puede compartirse de forma oral. Por si fuera poco, está terminantemente prohibido mostrar imágenes de playas o de arena en general. Dichas imágenes se consideran pornográficas y su exhibición pública está severamente penada.

Al no poder publicar información sobre los lugares de puesta, se da la circunstancia de que la cartografía marraklaina es tan imperfecta como la de la Edad Media europea. En los planes de estudio no se incluye la geografía y los libros al respecto están censurados. De resultas de todo ello, los conocimientos de geografía de los que dispone el habitante medio son muy deficientes y constituyen una mezcla de mitología y rumorología. Los marraklainos, viviendo en permanente ignorancia, fantasean sobre monstruos, islas de pura arena y lugares de puesta cuya existencia es ocultada por el gobierno.

No son pocos los marraklainos que se despeñan por carreteras que no figuran en el mapa o bien fallecen tratando de alcanzar islas inexistentes.

La censura marraklaina, en lugar de protegerles contra los depredadores, se ha convertido en su peor enemiga.

Los acretores consideran que el amor es, por la propia naturaleza del universo, algo efímero.

Se trata de una de las especies más singulares de la galaxia. Mientras el resto de civilizaciones ha progresado en la estabilidad de los planetas, los acretores se han desarrollado en un entorno mucho más hostil y cambiante: el disco de acreción de un agujero negro.

Los acretores, pues, viven en gravedad cero, orbitando en torno al agujero negro. Al no existir un «arriba» ni un «abajo», su cuerpo ha esquivado la simetría bilateral que tan típica es en los planetas y están formados por un bulbo central con forma de icosaedro y doce tentáculos, uno por cada vértice.

Los acretores no se comunican mediante sonido, que sería de escasa utilidad en el cuasi vacío en el que viven. En su lugar, emiten luz mediante unos orgánulos situados en su piel, llamados cromatóforos. Cuando un acretor habla, los patrones de luz que emite, vivos y cambiantes, son todo un espectáculo hipnótico para un humano.

Constan de tres sexos: macho, hembra y neutro. Esto hace que su núcleo familiar sean las tríadas. En materia de reproducción quien tiene el embarazo es el neutro mientras que machos y hembras, mediante la cópula, introducen sus células reproductoras en la vagina del neutro.

Pero, si su fisiología es extraña, mucho más lo es la forma en la que el medio ambiente ha moldeado su cultura. Mientras que los habitantes de un planeta consideran fijos los accidentes geográficos (montañas, ríos, mares…), no sucede lo mismo para el disco de acreción en el que viven los acretores. Allí el material del disco orbita el agujero negro central. Dado

que cada objeto tiene una órbita diferente, la distancia entre ellos es variable. Para los acretores se da, pues, la circunstancia de que las ciudades se mueven.

No solo se mueven. Los objetos del disco de acreción no orbitan en un sentido estricto sino que tienden a caer hacia el agujero negro. Inevitablemente, si no se le pone remedio, todo lo que hay en el disco de acreción termina siendo engullido por el agujero negro. Si el disco sigue existiendo es porque la estrella que orbita alrededor del agujero negro aporta continuamente materia al disco. Así, el disco siempre existe aunque la materia que lo forma no es la misma.

La civilización acretora está profundamente influida por este entorno. Para ellos, no existe nada eterno. No existe nada parecido a las ruinas de una civilización antigua. Toda la materia que les rodea fue arrancada de una estrella y, tarde o temprano, caerá a un agujero negro. Dado que su medio ambiente es efímero, consideran que el estado de natural de las cosas es que estas cambien. Como dicen ellos «todo fluye». Oponerse al cambio es antinatural e inmoral.

Esto se aplica también a sus tríadas. La idea del amor eterno ni siquiera la toman en consideración. Para ellos, las tríadas deben romperse. Es lo natural.

Así pues, se llega a la paradoja de que en las historias de amor de los acretores el final épico que todo el mundo está esperando no es el de la unión entre los enamorados sino el momento de la ruptura.

Para los acretores, las mejores historias de amor son aquellas que terminan.

Los silmalinos consideran que las imágenes de ellos mismos son personas de pleno derecho.

La naturaleza no ha sido generosa con los silmalinos. La estrella en torno a la cual gira su planeta experimenta súbitos cambios de brillo. A esto se le une que la órbita de su mundo, muy excéntrica, produce temperaturas extremas en el perihelio y el afelio. La combinación entre los dos factores convierte la meteorología silmalina en una impredecible pesadilla, que solo ha podido resolverse satisfactoriamente desde la irrupción de los ordenadores.

Los silmalinos se han adaptado para sobrevivir a estas caóticas condiciones. Son unas criaturas peludas, de tamaño similar a una oveja, que caminan a cuatro patas y cuentan con una trompa prensil, con la que manipulan objetos con habilidad. Para protegerse de la inclemente

meteorología pasan largas temporadas bajo tierra, donde excavan túneles con sus zarpas delanteras.

No solo los silmalinos; la mayor parte de las especies animales han adoptado estrategias para protegerse de la cruel meteorología, bien sea refugiándose bajo tierra, hibernando o migrando.

Pero, incluso con esos mecanismos, cuando la adversidad llama a la puerta, la mortandad resulta implacable. Cuando regresa la bonanza es necesario generar un gran número de individuos en poco tiempo. La mayoría de seres del planeta solucionan el problema recurriendo a la partenogénesis. Es decir, no existe la reproducción sexual. En su lugar, cada individuo es una copia de su progenitor.

Los silmalinos están entre las especies del planeta que recurren a la partenogénesis. Cada individuo deviene una réplica exacta de su progenitor.

Los silmalinos realizan una sinécdoque entre la copia y el individuo, hasta el punto de que ambas reciben la misma palabra. Así, todo individuo es una copia de otro pero –aquí viene lo realmente curioso– consideran que toda copia de un individuo es también un individuo. Debido a esto, toda copia de un silmalino constituye un nuevo silmalino y goza de los mismos derechos y obligaciones que cualquier otro individuo.

Todas las sociedades de la galaxia consideran que la imagen de una persona es importante. Por eso todas cuidan su apariencia física, tratan de proyectar la mejor imagen, atesoran fotografías de sus momentos más felices y veneran las figuras de sus líderes. Pero en la sociedad silmalina la imagen de una persona tiene un poder que no se alcanza en ninguna otra conocida.

Artes como la pintura, la escultura y la fotografía están restringidas y se requiere de un permiso especial para ejercerlas. Las únicas formas de arte que se toleran son de estilo realista. La destrucción de una obra de arte está penada con la muerte. Las esculturas gozan de derecho a voto. Las pinturas desfilan en procesión una vez al año mientras los silmalinos las tratan como deidades, dedicándoles ofrendas y rezos.

La irrupción de la fotografía no relajó las restricciones. Al contrario, las empeoró. La posibilidad de que una persona pudiera, en una tarde, realizar copias no autorizadas de decenas de individuos, se consideró un riesgo inaceptable. Debido a esto las fotografías y vídeos quedaron sujetos a unas regulaciones aún más rigurosas.

Ahora viene la parte más interesante para el resto de la galaxia. Por supuesto, el gobierno silmalino no tolera que los extranjeros vayan al planeta y tomen fotografías o vídeos. De hecho, está prohibido entrar en el

planeta con cámaras y los visitantes que llegan al planeta son registrados exhaustivamente en busca de peligrosas máquinas de fotos. Algunos visitantes tratan de eludir las prohibiciones pero se arriesgan a largas condenas por el mero hecho de ser descubiertos con una cámara en el bolsillo.

Semejantes medidas disuaden a la mayor parte de potenciales turistas. Para el resto de habitantes de la galaxia, unidos por el ansible, compartiendo las imágenes obtenidas con sus cámaras, sus móviles o sus ojos cibernéticos, resulta inconcebible visitar un mundo en donde nada de eso es posible, donde se tienen que conformar con la pobreza de sus meros recuerdos.

Así, involuntariamente, a pesar de que su planeta goza de algunas de las mejores joyas geológicas de toda la galaxia, los silmalinos apenas reciben visitantes. Su celo anticámaras los ha convertido en una de las especies más aisladas de la galaxia.

Son pocos los turistas que están dispuestos a ir de vacaciones y no poder colgar fotos en la red.

Para los gagblátidos la reproducción es algo misterioso que nunca alcanzan a comprender.

Viven en el fondo del océano, un lugar con escasos nutrientes y en el que apenas hay alteraciones de las condiciones ambientales. Sin cambios en la luminosidad, temperatura, salinidad e incluso sin corrientes destacables, los gagblátidos llevan una existencia plácida. La escasez de nutrientes hace que la especie cuente con pocos individuos, por lo que los encuentros entre gagblátidos son poco comunes.

En este remanso la evolución no ha tenido que esforzarse mucho. Mientras la inmensa mayoría de especies de la galaxia son entes pluricelulares en los que las células se especializan para crear diversos tipos de tejido, la evolución de los gagblátidos los ha llevado por otro camino. En su tranquilo mundo incluso los seres unicelulares pueden alcanzar grandes tamaños sin problemas.

Los gagblátidos son, en ciertos aspectos, similares a los seres unicelulares terrestres. Así, se reproducen por mitosis. No obstante, la existencia de una única célula no implica que los gagblátidos sean seres sencillos. Cada uno de ellos cuenta con un completo aparato digestivo, sentidos, medios de locomoción y un complejo sistema nervioso central.

Para alcanzar toda esa complejidad en una única célula la naturaleza ha adoptado todo tipo de soluciones originales. Así, por ejemplo, los

recuerdos se codifican en cadenas de ADN. El almacenamiento o modificación de la información no puede resultar más sencillo para los gagblátidos: basta añadir o modificar bases de ADN.

El sistema permite a los gagblátidos grabar ingentes cantidades de información y recuperarla con facilidad y sin errores. Por añadidura, la memoria –almacenada en el ADN– se copia durante la mitosis por lo que al nacer los dos nuevos individuos cuentan con los recuerdos de su progenitor. La capacidad, fiabilidad y transmisibilidad de esta memoria la convierte en una de las más espectaculares de la galaxia. Gracias a estas cualidades casi sobrenaturales los gagblátidos no conocen los libros y carecen de sistema educativo, pues no precisan recurrir a ayudas externas para transmitir conocimientos.

No obstante, el sistema tiene un punto débil, que se manifiesta cuando se realiza el acto reproductivo, es decir: la mitosis. En ese momento, para copiar los recuerdos, conocimientos y personalidad, el ADN se blinda y no permite añadir nueva información.

Así pues, en uno de los instantes claves de su existencia, el momento en el que traen una nueva vida al mundo, los gagblátidos son incapaces de almacenar el recuerdo. Queda, para siempre, como una mancha borrosa, un periodo de unas horas del cual no recuerdan nada. Al haber pocos individuos y realizarse en cavernas, el acto se realiza sin testigos y nadie puede dar fe de qué sucede en realidad. Y, para rematarlo, al carecer su civilización de libros o de vídeos, tampoco pueden recurrir a ayudas externas para comprender el proceso.

Para los gagblátidos la reproducción queda, por tanto, envuelta en el misterio. A veces, dos gagblátidos se encuentran y, al hablar entre ellos, se dan cuenta de que comparten recuerdos o coinciden en sus canciones favoritas. Pero no comprenden lo que verdaderamente implica.

Curiosa es la biología de los gagblátidos que, pese a poseer de una de las memorias más prodigiosas de la galaxia, no recuerdan haber tenido hijos.

Esperamos que este breve ejemplario haya servido a los alumnos del Cuerpo Diplomático de Planetas Unidos para comprender un hecho fundamental: la reproducción es una de las piedras angulares de toda civilización. En ese ámbito dan rienda suelta a sus instintos más primigenios y sus regulaciones más absurdas. Una vez en destino tendrán que amoldarse a la cultura alienígena y abordarla con mentalidad abierta.

Y recuerden una cosa. Del mismo modo que a nosotros nos pueden parecer absurdas las costumbres alienígenas, a ellos les pueden parecer

absurdas las nuestras, pero compartimos un mismo afán.

Todas las civilizaciones tienen descendencia.

Pedro Pablo Enguita Sarvisé nació el 9 de noviembre de 1975 en Barcelona, donde sigue viviendo actualmente. Estudió Ciencias Físicas y actualmente trabaja como informático. Además de escribir su principal afición es hacer deporte. La inspiración la encuentra donde puede y nunca *(nunca)* toma notas porque si después lee las notas estas no le gustan. Además de en Axxón, también ha publicado en las revistas electrónicas NGC3660, BEM On Line, Nuevo Mundo, NGC 3660 y Alfa Eridani y en la revista en papel Próxima. Ha aparecido en las antologías Visiones 2017 y Visiones 2019 de Pórtico-AEFCFT. La editorial Amarante publicó una compilación de sus cuentos titulada «Los pintores de estrellas verdes».

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: COPYRIGHT (nº 186), LA VERDADERA Y MUY EDIFICANTE HISTORIA DE LOS XEINIFORMES (O DE POR QUÉ EN EL UNIVERSO NO HAY ESTRELLAS VERDES) (nº 202)

Descansar en paz

Ángeles Sanlópez

[image] **MÉXICO**

Cada mañana hace lo mismo. Medio dormido, me jala y penetra, pero hoy no lo hizo. Estoy castigada. Ayer intenté matarlo.

Despierta y me busca. Finge no verme. No le quito la mirada de encima. Quisiera deshacerlo con mi vista. Lo odio. Cuando nos casamos, empezó el infierno que terminó en la muerte. Y ahora esto.

Se levanta y viene hacia mí. Pensé, toda la noche, en formas para deshacerme de él; pero este cuerpo no me hace caso, ni siquiera tengo acceso a internet.

—Espero que hayas aprendido, Lucy —dice mientras me acaricia el cabello largo y negro y lo acomoda sobre mis senos exagerados—. Debiste extrañarme, pero ni modo, hoy te perdiste de mí. ¡Para que aprendas, hija de la chingada! —Me da un puñetazo en la cara. No siento nada. Es la única ventaja de no tener un cuerpo orgánico.

—Si quieres moverte, debes tratarme mejor.

Me lleva a la cama, me quita el camisón blanco con encajes. Abre el ropero y saca una ombliguera con líneas horizontales azules y blancas, un *short* de mezclilla, un brasier y una tanga. Siempre odié las tangas. Me viste, peina mi cabello y retoca mi maquillaje, dice:

—Debes ser buena chica, si te programé así, no sé por qué actúas tan violenta. Hoy hablaré a *Aminos* para que vengan a revisarte. Sabes, tengo ganas de ir a Chapultepec y después por unos tacos al *Corona*. Por cierto, tengo una sorpresa para ti. Sal de modo hibernación.

Ya puedo moverme, pero permanezco sentada. Él va por sus pantuflas. Sigo mirándolo, quiero golpearlo hasta que muera, pero sé que me puede volver a apagar. Dejo de pensar. Corro hasta la puerta. Intento abrirla. No puedo. Es de madera, la atravieso. Bajo las escaleras, me cuesta controlar mi nuevo cuerpo. Llego a la puerta de la casa, también está cerrada. Le pego con mi hombro. El material resiste. Él no viene. Aprovecho. Me aviento dos veces más. Se rompe mi piel sintética.

Miro a mi alrededor. La casa es una réplica de la otra. La quemada. Ahí está la sala, las cortinas, la cocina integral. Todo se ve igual, sólo que

ahora hay retratos de nosotros por todos lados.

Escucho una voz.

—¿Mamá? ¿Eres tú?



Ilustración: Pedro Bel

Cubro mi brazo para que la piel no se caiga. El hombre trae de la mano a Dany. Mi hijo de cinco años. Viene corriendo hacia mí, trae puesta su pijama de dinosaurios. Tiene esos ojos que me recuerdan a mi padre. Son los míos. Eran los míos. Quiero llorar. No sé si con este cuerpo puedo, pero quiero hacerlo. Siento un dolor en la garganta como si algo se atorara, duele. Sale de mis ojos un gel, se atora en mi cara y cae espeso en el suelo.

Dany abraza mis piernas y me sonríe. Ninguno de los dos deberíamos estar aquí. Este hombre nos quemó vivos en un ataque de celos. Yo recuerdo todo: los puñetazos, los jalones de pelo, los insultos, los escupitajos, las patadas en el suelo. El llanto de Dany que en su enojo agarró la escoba, le pegó a su papá y luego éste lo aventó a la pared. Mi niño se desmayó. Me enojé tanto que por primera vez ya no pude más y me arrojé a golpes a él. Le di puñetazos, patadas, lo mordí. Se cansaron mis brazos. Me cansé. Él nos encerró en la cocina. Ahí nos dejó mientras la casa ardía. Intenté salir, grité, pedí ayuda, lo juro, pero fue inútil.

Cuando desperté, estaba al lado de él y ahora veo a mi hijo también.

—Mami, ya te había visto en el cuarto, quería entrar, pero mi papá dijo que estabas enferma. Qué bueno que ya estás bien. Ya me dijo mi papá que hoy vamos a ir a Chapultepec. Hay que apurarnos. Quiero ver a los animales.

No digo nada. Solo sonrío.

—Ven, hoy te toca hacer el desayuno, mi papá no sale de *hot cakes* —dice mientras me jala.

Estos cuerpos fingen muchas cosas.

—Vamos —digo mientras le paso el brazo por el hombro y

caminamos a la cocina.

—Antes de ir a Chapultepec, pasaremos a que te arreglen el brazo —dice el hombre.

Lo ignoro.

Sigo caminando, veo mi reflejo en el espejo de la sala, todo está igual, menos yo. Aparte del aumento de nalgas y senos, me afiló la cara; nunca le gustaron mis cachetes ni mis labios. Esta mujer no soy yo.

—Qué vamos a desayunar, mami.

—Pan francés.

—¡Sí! —dice Dany dando unos saltitos.

Me acerca los ingredientes. Me pongo a trabajar.

—Mientras ustedes cocinan, voy a cambiarme.

—Sí, papá.

No respondo.

Al irse el hombre, me acerco a Dany.

—Hijo, ¿sabes que morimos y que tú papá nos regresó a la vida?

—No mamá. De qué hablas.

No sé por qué recuerdo y él no.

Tomo la mano de Dany y lo jalo. Rompo un contacto y recibimos una gran descarga eléctrica.

Abro los ojos, veo a Dany y al hombre. Estoy de regreso.

—Coman sus *hot cakes* o se les enfriarán —dice él mientras nos sirve. Ya está oscureciendo. Morimos y nos trajo de regreso el mismo día. Así será cada vez que intente morir. Ahora lo entiendo, él es el dueño de nuestros datos.

—Come mamá, están sabrosos.

Finjo comer. Mientras lo hago, veo en el suelo una caja de madera grande y rosa, y una pequeña de color azul. Sobre el sillón hay un maletín rojo. Leo en el empaque: *Cada humáquina adulta cuenta con tres pelucas y ojos intercambiables, un tubo de lubricante y un libro para posiciones sexuales*. Al lado hay una invitación a un club de BDSM.

Terminamos de comer y pasamos el resto del día viendo una serie en la sala. Dany se recuesta en mis piernas. Acaricio su cabello. Afuera llueve. En la casa estamos a oscuras, solo se escucha el ruido de la pantalla que ilumina nuestros rostros.

Despierta, sostiene con fuerzas mis nalgas, después de varios empujones termina. Me avienta a un lado y se acuesta en la cama. Me levanto y voy al baño, retiro el semen que queda en mi cuerpo. Sé que está cansado, abro el ropero y sacó un vestido negro. Busco unos zapatos, sólo hay zapatillas de tacón de aguja. Elijo unas.

Sin pensarlo mucho pregunto:

—¿Podemos llevar a Dany a la plaza?

—Yo no voy. Llévalo tú, hoy hay partido.

Pienso que el sexo hizo que le restara importancia a lo de ayer o es que ¿puede vigilarme vía satélite? Dejo de pensar, solo quiero salir.

—Vayan ustedes, llévate el carro. No quiero que andes en taxi.

—Está bien. Nos vemos en la tarde.

Vamos a la plaza comercial *Delim*. Pago cien *bols* para que Dany pueda estar en todos los juegos de realidad virtual que quiera. Sé que le encantan. La gente nos mira, sabe que somos humáquinas, seres humanos artificiales en su mayoría femeninos, creados para cumplir cualquier necesidad de los hombres. Nos distinguen muchas cosas con los humanos, entre ellos que no envejecemos ni traemos mascarillas. Lo tenemos prohibido. Me quedo alejada de ellos viendo a Dany jugar. Escucho una conversación.

—No sé cómo les permiten la entrada, deberían venir con un humano que se responsabilice por ellos. A veces se ponen locos.

—También lo pienso, pero cada vez hay más, creo que es inevitable y debemos acostumbrarnos.

—No sabía que pensabas así. Tomás quiere que mudemos nuestro cuerpo a eso.

—Piénsenlo bien. Mi exjefe lo hizo y físicamente se veía bien, hasta alegre pero poco tiempo después se suicidó.

—Si, también he sabido de casos en los que todo sale mal. Por eso no quiero, ya le dije que no, pero es necio. No quiero estar metido en eso.

Lloro, me cuesta menos, pero no es fácil. Los dos humanos se van y me siento, sigo llorando. Una mujer llega, trae su mascarilla negra, me mira detenidamente y se sienta alejada de mí.

—Ustedes no están hechas para llorar. No lo hagas. Es ridículo.

—Lo sé —digo sollozando.

Limpio mis lágrimas con la manga del vestido. Nunca me ha gustado

llorar en público, pero no puedo dejar de hacerlo. Me siento mal. Quisiera berrear, dejar salir todo.

—¿Estás bien? ¿Quieres que vaya por tu humano?

No digo nada, sigo llorando.

La mujer se acerca a mí y me da un pañuelo.

—Perdón por decir que no eres humana.

Noto que Dany se quita los lentes de realidad virtual para ir a otro juego y se detiene a mirarme. Me calmo. No quiero que venga. Le sonrío y le digo adiós. Regresa a jugar.

—¿Te puedo ayudar en algo? —dice la mujer.

—Si conoces a un *hacker* que me saque de este cuerpo para que pueda morir —digo mientras sigo llorando.

—De qué hablas. La mayoría de la gente rica aquí en Chimal compra esos cuerpos para no envejecer, no preocuparse por los virus o no enfermarse. A qué te refieres.

Necesito desahogarme con alguien.

—Hace un mes, mi esposo quemó la casa conmigo y mi hijo dentro —Se me cortó la voz—. Ahí había terminado nuestra historia, pero nos regresó a la vida en estos cuerpos. Mientras él siga siendo el dueño de nuestros datos, podrá regresarnos las veces que quiera. —Las lágrimas salen a borbotones—. Me siento perdida, sé que debo recuperar mis datos, pero ningún hombre va a querer ayudarme. Solo ellos tienen permitido programar y entre ellos se protegen.

La mujer no dice nada por unos minutos.

—¿Puedes decirme tú número de serie?

—¿Para qué?

—Quizá pueda ayudarte, pero tienes que confiar en mí.

Me emociono. Miro a la mujer detenidamente y me doy cuenta de que no es humana. Su cara y cuerpo no representan signos de la edad.

Miro a mi alrededor. Humanos y humáquinas pasean cerca de nosotras. Hacen fila, se abrazaban, entran a tiendas y salen de ellas con bolsas en las manos. A nadie parece importarles nuestra plática. Accedo a darle mi número.

—El mío es SAGO5038 y el de mi hijo DHGO9034. ¿Conoces a un hombre que pueda ayudarme?

—No. Conozco a programadoras. Mantente alerta. Mis amigas se

comunicarán contigo.

La mujer se levanta; al ver que acomoda sus cosas para irse, le pregunto.

—¿Cuál es tu nombre? ¿Dónde te encuentro?

Se va sin responder. Al regresar a casa pienso que todo es mentira y que ella es una humáquina descompuesta. Las mujeres tienen prohibido programar desde hace mucho.

En la noche, mientras el hombre me abraza, siento un apagón en mi sistema. Por un momento pierdo la visión. Después de unos minutos regreso a la normalidad, aunque ahora ya puedo entrar a mi perfil y tengo conexión a internet. Me calmo y lo primero que hago es quitar al hombre como administrador de mi sistema. Después visitó las redes sociales de mi familia, los extrañaba mucho. Veo el expediente de nuestra muerte. Dicen que fue un «accidente». Nadie investigó, aunque mi familia exigió justicia.

Escucho una voz en mi cabeza.

—¿Hola, me escuchas?

—Hola, sí, ¿quién eres? ¿qué haces ahí? —respondo.

—Soy Arla. Enda nos contactó contigo.

—¿Tú eres la que puede ayudarme?

—No solo yo. Somos varias y sí, podemos ayudarte. Me encargaron que te diera la dirección: Calle Belisario #80. Al llegar pregunta por Martha. Puedes venir el día que quieras.

—¿A qué tengo que ir?

—Por el final.

—¿Así de fácil?

—Sí, te ayudaremos. Adiós.

—Adiós y… gracias.

Mientras él duerme, pienso en lo que haré, por fin tengo una salida. Me aferro a esa idea. No sé si es verdad o no, pero es una oportunidad.

Él despierta. Siento como recorre mi cuerpo con sus manos y aprieta mis senos. Me agarra fuerte de las nalgas, se prepara para penetrarme.

Le digo:

—Quiero estar arriba.

—Sí, como en los viejos tiempos —responde emocionado.

Me siento sobre su cara. Dejo caer todo mi peso de humáquina.

Empieza a perder la respiración, a mover los pies y a manotear. Aprieto. Intenta empujarme. Vuelvo a apretar. Mientras lo hago le digo:

—Eres un hombre terrible. Me alejaste de mi familia, nos quemaste y nos trajiste de la muerte. Eres un miserable, pero mírame ahora, pude regresar de la muerte para obtener justicia. Quiero que sepas que no debes preocuparte por nada, a ti nadie te querrá de regreso.

Cuando me bajo, él ya está muerto. Me visto y voy con mi hijo. Lo ayudo a cambiarse, le hago pan francés, vemos su programa favorito, estoy nerviosa, hoy nos vamos con Martha.

Mientras viajamos en el taxi, Dany dice.

—¿Mamá, escuchaste la explosión?

—Sí, hijo —Sé que fue nuestra casa—, no sé qué haya sido.

El taxista me ve por el espejo retrovisor, le digo que siga.

Llegamos a la dirección indicada, nos encontramos con una puerta grande de madera vieja. Busco el timbre, Dany, al recargarse en ella, la abre. Entramos, es una vecindad. Hay dos pasillos laterales formados por puertas oxidadas, ladrillos viejos, capaz de aplanados gastados de diferentes colores, salitre y humedad. En medio, unas escaleras

—Mira, mamá.

Arriba, una mujer morena, cabello canoso rizado atado con un pañuelo, con lentes colgando de su pecho nos sonríe y nos hace una señal para que subamos.

Dany se echa a correr tras un gato color gris con blanco que apareció en las escaleras. Subimos, vemos muchas puertas de color rojo. Vamos rápido con la mujer, me siento muy nerviosa. Al acercarnos a ella, me impresiono. Hace tiempo que no veía a una mujer tan grande. Tiene arrugas en la cara, el cuello, los brazos y las manos. La saludo.

—Buenas tardes, soy Lucy, y él es Dany.

—Hola, te estábamos esperando. Soy Martha, gusto en conocerte. Ella es Arla.

La chica que está a su lado es la chica de antes, es una humáquina con overol de mezclilla, blusa negra y paliacate en la cabeza igual que el de Martha. Se ve como su hija. Me sorprendo. Las humáquinas siempre traen zapatillas, vestidos y tienen mucho maquillaje. Ella no tiene nada de eso. Dany persigue al gato.

—Hijo, déjalo.

—No te preocupes, él saldrá perdiendo. Ese gato es viejo y huraño

como yo. En cualquier momento le soltará un rasguño.

Dany mira a Martha y viene a tomar mi mano.

—Es un gusto conocerla, señora. —Recuerdo que así se les hablaba a las personas mayores antes—. Recibí el mensaje de Arla —Ella me ve y sonríe—. ¿Ustedes pueden ayudarme? Sé que no mencionaron nada de dinero, pero accedí a la cuenta de mi esposo y traje todo lo que tenía.

—Me llevaré un momento a este pequeño, a ver si ese gato nos deja acariciarlo. Si te parece bien, Lucy—dice Arla.

—Sí. Dany, ve con ella un momento, por favor.

—Sí, mamá.

La chica se lleva a Dany.

—Entra —dice Martha.

El lugar es un pequeño cuarto, rodeado por anaqueles negros con cajas polvosas. En medio hay una mesa de madera, cuadrada; el piso es de color café y las paredes rodean todo de color coral. Veo que se sienta y hago lo mismo.

—Antes que nada, nosotras no hacemos esto por dinero.

—Quiero dárselo. Mi esposo ya no lo ocupará.

—Está bien, te agradezco. Enda nos contó tu historia y es terrible, queremos ayudarte.

—Les agradezco mucho por brindar su ayuda, ni siquiera me conocen.

—No es necesario conocernos. Ya hemos avanzado, recuperamos su información de la base de datos de *Aminos*. No podrán regresarlos. Solo faltaría decidir qué se hará con los cuerpos.

—Gracias, nos han liberado. Antes del siguiente paso, me gustaría saber si usted puede decirme por qué recuerdo todo y Dany no.

—Mientras recuperábamos sus datos, vimos que los programadores de *Aminos* hicieron una copia de tu consciencia. Según la información, te encontraron todavía con vida y se apresuraron a hacerla. Dany ya estaba muerto, por eso generaron una consciencia artificial, a partir de información brindada por su padre y de la recolección de datos de redes sociales. A tu esposo le cobraron lo mismo por crear los dos perfiles para las humáquinas cuando en realidad reciclaron tu consciencia.

—Entiendo. Hasta creo que fue un juego del destino.

Martha no dice nada, solo sonríe levemente.

—Y bueno, llegó la hora. ¿Cuál es el procedimiento que realizaran? —

digo mientras me acomodo el cabello en la oreja y empiezo a tocarme las manos y los dedos.

—Lo que haremos, será acostarlos en unas camillas replegables, un virus los pondrá en un estado de sueño profundo, formatearemos su perfil y listo. Las partes del cuerpo las desechamos o si quieres donarlas puedes hacerlo. Las usamos para ayudar a otras humáquinas.

—¿Cómo pueden hacer todo esto? Para mí es increíble.

—Somos una red de mujeres programadoras, nos han llamado piratas cibernéticas, brujas cibernéticas y cuanta cosa se les ocurre, pero en realidad sólo somos mujeres que saben varios lenguajes de programación e ingeniería.

—Son fantásticas. Quiero donar nuestros cuerpos. Quizá le sirvan a alguien. Ese es mi granito de arena.

—Gracias, las piezas serán de mucha ayuda. Nos dices cuándo iniciamos.

—Sí. Dany, hijo, ven —le grito y se me corta la voz. Quiero empezar a llorar, pero me aguanto. Por fin es momento de irnos.

Dany llega.

—Hijo, Martha nos invitó a probar un juego de realidad virtual muy bueno. ¿Te gustaría jugarlo?

—¡Sí!

—Bueno, ahorita haremos todo lo que nos diga.

—Sí, mamá.

Al entrar a su laboratorio todo el lugar se expande. Aunque por fuera se veían varias puertas, adentro todos los cuartos están conectados. No hay luz, el lugar se ilumina por las pantallas pegadas a las paredes mostrando código, en el piso se ven varias cajas de las que salen brazos, piernas, cabezas, pies, torsos y cables de humáquinas. En medio de todo, hay camillas negras replegables conectadas a los monitores. Hay dos humáquinas conectadas. Una adolescente y una niña. Aquí terminará todo.

Martha me acuesta y acomoda mientras Arla lo hace con Dany, a los dos nos dan un círculo de metal que tiene un botón cuadrado de color negro para apretar.

—Mamá, dame tu mano para que lleguemos así al juego. A la de tres lo apretamos, ¿sí?

—Sí, hijo.

Él lo aprieta, su cuerpo se ilumina de color azul. Sus ojitos se cierran.

Lo último que le digo es:

—Hijo, te quiero mucho.

Él suelta mi mano.

Aprieto el botón. Siento tranquilidad, los nervios se van. Mi mano también se ve azul. Ya no puedo seguir despierta. Puedo descansar en paz.

Ángeles Sanlópez, México (1988), es una escritora mexicana. Se describe a sí misma como "narradora de este y otros tiempos".

Utopía: aproximación a la escena del crimen del deseo

Daniel Olcay

[image] **CHILE**

I. El *deseo* como silueta, polvo estelar

Procedente de la ley de Sturgeon, se sentencia "*Nothing is always absolutely so*" que podría traducirse de manera literal como "Nada es siempre así en todo", "No existe la absoluta verdad" o, paradójicamente al texto, "Nada es absolutamente de esa forma". Es así como el autor de ciencia ficción Theodore Sturgeon, asumo influenciado por el principio de Pareto, intentó zanjar aspectos conceptuales respecto del género literario a nivel general.



Ilustración: Pedro Bel

La utopía, como *deseo*, imaginario en perspectiva, se desdibujó en el horizonte lentamente. El idealismo futurista, propio de la edad de oro, se consumió en ridiculizados argumentos generados en industrializada producción en masa. El discurso narrativo se consolidó, comercialmente, bajo el alero literario de la distopía. Renegó de las cromadas naves espaciales y de viajes intergalácticos saturados de aventuras que, desde algún punto de vista, promovían la evasión en turbulentos tiempos sociales.

El fenómeno de la utopía pareciera que trazó la ruta de una solitaria estrella fugaz. La utopía, quizás en boca de algunos, se

encuentra muerta y enterrada al *igual* que el rock and roll.

Hemos trascendido el imaginario *cyberpunk*, incluso experimentado la naturalidad del post-cyberpunk, el bio-punk, entre otros. Aquellos subgéneros irrumpieron de manera necesaria en el tiempo-espacio. Reflejó la consecuencia de una serie de situaciones sociales, miedos, conspiraciones, políticas e ideas que alimentaron de manera progresiva el significado, o inconsciente colectivo, de lo que se conoce actualmente como tecnología, incluso, el miedo hacia ella.

El *deseo* utópico *de lo conocido como <<el futuro>>* no logró consolidar sus ideales y visión frente a la monstruosa realidad que nos anunciaba la literatura, y el arte en general, respecto de la ciencia ficción.

II. Consideraciones previas a la autopsia del *deseo* utópico.

a. *Thomas More [o Tomás Moro]*, aliado fiel de la iglesia católica, desarrolló variadas disciplinas en su natal Inglaterra. Fue un representativo detractor de las ideas reformistas de Martín Lutero. Su obra más relevante lleva por título Utopía. Si bien el nombre, actualmente, tiende a describir la perfección o algo inalcanzable, la intención de More, según los estudios, era reflejar una sociedad basada en conceptos político-filosóficos clásicos y cristianos, una alineación de sus pensamientos y creencias puras, en moral comunión. La trama invita a imaginar una pacífica comunidad isleña en donde la propiedad privada no existe. En donde el voto popular determinaba los representantes de la población, muy distinto a las sociedades medievales de aquel entonces y los experimentos democráticos del siglo veinte. Curiosamente, la isla de Utopía, nace artificialmente, separándose del continente por orden del Rey Utopo, representante máximo de la comunidad. El guiño a La República de Platón es transversal en su esencia. El fantasma de Platón vive desde siempre en la ciencia ficción.
b. *La ciencia ficción, según Phillip K. Dick*, en base a una célebre reflexión que inicia describiendo la no-ciencia-ficción, discrimina y establece directrices ante la comprensión del género. Sentencia *“Tenemos un mundo ficticio; éste es el*

primer paso. Una sociedad que no existe de hecho, pero que se basa en nuestra sociedad real; es decir, ésta actúa como punto de partida. La sociedad deriva de la nuestra en alguna forma, tal vez ortogonalmente, como sucede en los relatos o novelas de mundos alternos. Es nuestro mundo desfigurado por el esfuerzo mental del autor, nuestro mundo transformado en otro que no existe o que aún no existe. Este mundo debe diferenciarse del real al menos en un aspecto que debe ser suficiente para dar lugar a acontecimientos que no ocurren en nuestra sociedad o en cualquier otra sociedad del presente o del pasado. Una idea coherente debe fluir en esta desfiguración; quiero decir que la desfiguración ha de ser conceptual, no trivial o extravagante… Ésta es la esencia de la ciencia ficción, la desfiguración conceptual que, desde el interior de la sociedad, origina una nueva sociedad imaginada en la mente del autor, plasmada en letra impresa y capaz de actuar como un mazazo en la mente del lector, lo que llamamos el shock del no reconocimiento."

III. Utopía y revolución, más allá del no-cuerpo del *deseo.*

La literatura siempre será literatura. Intentar revelar el frágil mundo interior de la humanidad a través de las palabras, es una romántica representación del vacío de la angustia natural, del *deseo,* que hambriento y obeso, nunca será saciado. La literatura nunca será la salvación, sin embargo, es una herramienta que, en la medida que sea coherente en si misma, puede generar aquella alternativa necesaria al tiempo-espacio que lo amerita.

Más allá de las posturas personales y críticas respecto a la forma en que se ha planteado la situación ecológica en la actualidad, el movimiento Solarpunk, señala que uno de los problemas de imaginar un futuro tan oscuro (haciendo alusión a las distopías) es que, si bien la catarsis ante el fracaso puede ser efectiva, tiende a devenir en una frustración que imposibilita pensar en alternativas.

La propuesta del movimiento Solarpunk es sólida en su estructura, ya cuenta con un manifiesto, estética personal, antologías, ideas e historia con predecesores y un futuro amplio en

plena expansión, siendo un aporte a la oscilación narrativa del género, principalmente desde la gestión independiente y autopublicaciones, a nivel literario, no obstante, abarca una serie de disciplinas, tales como la arquitectura, el cine, la moda, la ciencia, entre otros.

Como género literario, se visualizan predecesores al movimiento, como la obra "La quinta cosa sagrada (1994) por Starhawk y "Ecotopia: los cuadernos e informes de William Weston" (1975) escrita por Ernest Callenbach. En ambas novelas se describen escenarios y sociedades anticapitalistas desarrolladas entorno al jardín.

En el aspecto cinematográfico, la visión generada por Hayao Miyazaki otorga un recurso estético esencial, al igual que ciertos desafíos políticos del movimiento, quedando establecido un norte en pleno descubrimiento y conquista.

El movimiento Solarpunk emerge en latinoamérica, en Brasil, y desde hace años, ha dado realce a ideas revolucionarias que, ajenas al círculo literario corporativo, exponen conceptos y refrescan cada vez a más lectores. Algunas antologías son "Biketopia: Historias Feministas de Ciencia Ficción de Bicicleta en Futuros Extremos" y "Sunvault: Historias de Solarpunk y Ecospeculación"

Su manifiesto lo deja claro, *"Ser solarpunk, entonces, es montar una resistencia al corriente principal presente imaginando un futuro alternativo"*, por otro lado, uno de sus exponentes Gerson Lodi-Ribeiro lo desmenuza de tal manera que *"Si el ciberpunk era un 'aquí está el futuro que viene y no nos gusta', y el steampunk es una especie de 'aquí está el futuro de ayer que desearíamos haber tenido', entonces el solarpunk podría ser un 'aquí hay un futuro que podemos querer y podríamos ser capaces de alcanzar'"*

El *deseo* trasciende.

Daniel Olcay Jeneral (1990, Arica, Chile) Psicólogo. Publicó Asfalto_ (Cinosargo, 2013; 89plus/LUMA Publications, 2014) y Yonkion (Cathartes Ediciones, 2017). Antologado en Tea Party 1- Antología Trinacional Perú/Bolivia/Chile (Co edición Cinosargo Ediciones y La Liga de la Justicia Ediciones, 2012), Predicar en el Desierto: Poetas Jóvenes del Norte Grande de Chile (Fundación Neruda, 2013), Halo: 19 Poetas Chilenos Nacidos en los 90 (J.C. Sáez Editor, 2014), La Taberna de Innsmouth (Cathartes Ediciones, 2019), Confinamiento:

Antología de Terror y Ciencia Ficción (Cathartes Ediciones, 2020), Mundos Alternos (ALCIFF, 2020), entre otras. Ha publicado la traducción latinoamericana de Los Dioses de Pegana de Lord Dunsany, 2BRO2B de Kurt Vonnegut Jr., entre otras obras del género de la ciencia ficción y fantasía. Recibió la Beca de Creación Fondart de Chile (2018 y 2020). Miembro de ALCIFF. Editor de Damabe Grupo Editorial que contempla los sellos Simulacro Ediciones y Marcapasos Editoras, y otros proyectos asociados al desarrollo de la creatividad.

Las catacumbas

Mike Jansen

[image] **PAÍSES BAJOS**

Despertó en un salón de mármol negro lleno de estatuas oscuras de demonios espantosos. Eso en sí mismo no era demasiado temible; Mark Farnsworth había visto y experimentado bastante horror. Sin embargo, el tamaño mismo de las estatuas que sobresalían sobre él, arañando los techos lejanos con las puntas de sus cuernos sombríos, lo hacían sentirse pequeño y vulnerable. Lo peor de todo era que los ojos rojos y brillantes de las estatuas parecían seguirlo siempre, cuando miraba directamente a alguna.



Ilustración: Pedro Bel

Su memoria del pasado era bastante irregular. Recordaba tierras altas montañosas, helicópteros, hombres vestidos de soldado con quienes sentía el tipo de camaraderia propia de quien ha sufrido una situación difícil con uno. Revivió ese momento en la mente, ese instante antes de volar entre los flancos rocosos que ocultaban una docena o más de francotiradores dispuestos a acertarles cuando pasaran volando.

El terreno en torno a él estaba cubierto de maderos blancos que, vistos más de cerca, resultaron ser los restos frágiles de huesos antiguos. Miró más allá de las estatuas y vio que los salones interminables estaban cubiertos de esos restos. Algunos hombres o mujeres hubieran pensado que el espectáculo era repulsivo, pero él ya lo habia visto todo antes: campos de cuerpos enterrados de forma muy superficial permitiendo que los carroñeros, el viento y el clima hicieran lo que quisieran y dejaran tras de sí pilas interminables de huesos limpios, y cada tanto una calavera mirando sin ojos hacia lo alto desde el barro.

Al principio vagó sin rumbo hasta que, desde una loma, notó un brillo leve muy, muy a lo lejos. Ya que no había nada más que hacer allí y no tenía hambre ni sed, decidió investigar. El crepúsculo invariable lo privó de toda sensación de tiempo, lo que al principio era inquietante, pero cuando Mark descubrió que no necesitaba dormir y sólo descansar muy poco, siguió caminando sin detenerse hasta llegar al portón.

La puerta, igual de alta que las estatuas demoníacas del salón de mármol negro, era una entrada ornamentada a otro mundo totalmente diferente. Ese mundo parecía consistir de millones de calaveras, prolijamente apiladas, con huesos grandes y pequeños que llenaban cualquier espacio intermedio. Atravesó el portón y terminó en otro salón, idéntico al anterior. Aquí, vio una colina central que dominaba el paisaje, aunque las estatuas demoníacas la volvían insignificante. Decidió subirse para echar un buen vistazo a los alrededores.

Luego de caminar durante muchas horas, o quizá días, llegó a la cima de la colina, compuesta de barro maloliente y oscuro salpicado de pequeños fragmentos blancos que descubrió eran dientes, incontables millones de dientes.

En ese momento vio el torpe cadáver. Alguna vez había sido un hombre, pero tenía una pierna hecha jirones y las costillas literalmente le asomaban. Tenía el cuello roto, de modo que su calavera iba y venía, rebotándole mientras se desplazaba.

Aún así, era la primera persona que Mark había visto, y ya que estaba entero, pensó que no habría problema. Bajó un poco de la colina y se dirigió al extraño.

—Hola, soy Mark Farnsworth.

El extraño tuvo buen cuidado de enderezar su calavera para poder mirar a Mark. Cuando lo hizo, sus ojos se abrieron de asombro y dio un sorprendente salto hacia atrás de unos dos metros.

—¡Por dios! ¿Qué es usted?

Mark miró alrededor y luego de nuevo a sí mismo. Estaba perfectamente bien.

—¿Yo? Soy un tipo normal. ¿Pero a usted qué le pasó, que tiene el cuello roto y las costillas le asoman?

—¿Tipo normal? Tiene una docena de agujeros en el cuerpo en los que me cabría un puño. ¡Eso no es normal, amigo, es una locura!

Mark se tocó el torso y las piernas, pero nada parecía estar fuera de lugar.

—No… no sé qué decir.

El otro hombre miró a Mark y se le acercó aún más.

—Recuerdo haber tenido esta misma conversación antes. No con usted, con una mujer que encontré antes. Se veía peor que usted, era una mera bolsa de huesos. —Pareció relajarse un poco—. Me llamo… olvidé cómo me llamo. Quizá sea Todd.

—Todd, entonces. Mucho gusto en conocerlo, Todd —dijo Mark; Todd vaciló.

—Supongo. Hace mucho tiempo que no uso palabras de verdad. La verdad, se siente bien. —En ese momento su rostro reveló desaliento—. Para mí yo me veo bien, usted se ve bien a sí mismo, pero ¿qué tal si somos cadáveres andantes pudriéndonos lentamente?

Mark se encogió de hombros.

—Francamente, me preocupa más enloquecer que el estado de mi cuerpo. Este lugar…

—Sí, aquí hay una soledad deprimente. Los muchachos por allá —dijo Todd indicando con la cabeza una de las estatuas de demonios— no la pasan mejor, no sé si me interpreta.

Mark asintió.

—Siempre siento sus ojos encima. Debemos ser bichos insignificantes, pero aún así nos observan.

—¿Bichos? —dijo una voz nueva. Todd y Mark se dieron vuelta hacia ella y vieron a una joven con las piernas cruzadas en una pila de calaveras. Era bonita al estilo de una chica granjera del medio oeste estadounidense, y vestía como una—. Quizá. ¿Insignificante? No creo.

—¿De dónde diablos saliste? —preguntó Mark, suspicaz.

Todd le tocó el hombro.

—Mírala, Mark. Está *Completa*. —Lo dijo haciéndolo sonar importante.

Mark la examinó con cuidado. No tenía rastros de heridas en ninguna parte.

—Me cuesta creer que seas lo que parecemos pensar que eres —dijo.

—Como sea —dijo la mujer y se encogió de hombros. Se bajó de su montaña de calaveras y caminó hacia ellos con un paso que era más predatorio de lo que él había visto en cualquier mujer—. Lo importante es que están llamando la atención.

—¿De quién? ¿De esas cosas de allá? ¿Y usted quién es? ¿O debo decir *qué* es? —le preguntó Mark.

—Llámenme Isamael —dijo la mujer. Sacó una flauta de hueso de su manga izquierda y empezó a tocar una canción triste.

—Bueno, será Isamael. ¿Por qué estamos aquí? —preguntó Mark.

—El porqué no es fácil de responder —dijo Isamael—. El cómo puede ser más fácil.

—Está bien, empecemos con eso entonces —respondió Mark.

—Perfecto. ¿Qué recuerda?

Mark recordó el helicóptero, el vuelo por terreno montañoso, y se lo contó.

—¿Y usted? —le preguntó a Todd.

Todd pensó un rato, y dijo:

—Recuerdo estar en un embotellamiento de tránsito. Lo último que recuerdo haber pensado fue "Caray, esa camioneta se me viene encima muy rápido…"

—Bueno, obviamente están muertos, recuerdan sus últimos momentos —explicó Isamael—. Lo que es muy lógico, ya que aquí sólo pueden entrar los muertos.

—No me siento muerto en absoluto —dijo Mark levantando las manos.

—Yo tampoco —acotó Todd.

—Así que si estamos muertos —dijo Mark—, ¿dónde están todos? Creo que he viajado durante días sin ver a nadie.

Isamael sonrió con dientes negros.

—Qué apropiado. Estas son las catacumbas. Aquí los que parten dejan atrás su equipaje mortal.

—¿O sea nuestros cuerpos?

—Exacto —dijo Isamael—. Aunque no estrictamente la osamenta física. Es la imagen propia la que debe perder peso. Una limpieza metafísica del alma, si les parece.

—¿Con qué propósito?

—¿Cómo van a vivir de nuevo si no, librándose del peso del pecado y el dolor? —preguntó Isamael—. Más allá de esas paredes hay seis portones más. Cada uno es más espléndido que el siguiente. Deben atravesarlo todos

para llegar a la salida.

—¿Entonces esto es el infierno? ¿O el purgatorio? —preguntó Todd.

—No —negó con la cabeza Isamael—, el infierno, o incluso el cielo, son estados de la mente, expresiones del ser, un estado mental por así decirlo.

Mark negó a su vez.

—No lo entiendo. Salvo unas estatuas amenazantes y una sensación de inquietud, esto no está tan mal. No hay dolor, no hay hambre, no hay sensación de tiempo. Me estaba sintiendo un poco solo, pero cuando los encontré a ustedes la sensación disminuyó. ¿Por qué debería irme?



Ilustración: Pedro Bel

La chica sacudió la cabeza y sus rizos rubios bailaron en torno a su cabeza.

—Porque mientras más permanezcas aquí, más probable es que se termine. Que todo se termine. Todo. La existencia. Terminada.

—¿Por qué? —preguntó Mark—. ¿Porque tú lo dices?

Isamael volvió a sonreír.

—Mira hacia arriba. Mira a esos fulanos. Todos ellos son Atlas. Llevan el peso no sólo de la Tierra, sino de toda la Creación. Sostienen el universo entero, en un sentido metafísico. Lo último que necesitan son distracciones. Como un montón de gente agrupándose en las catacumbas. Porque eso hará que todo se venga abajo.

—¡Caray, no queremos que pase eso! —dijo Todd—. ¿No es cierto, Mark?

—Supongo que no. Aunque me parece mucha coincidencia que nos encontremos a esta jovencita aquí, justo cuando nos encontramos —dijo Mark, negando con la cabeza—. Si es que ella, o ello, es una jovencita.

—¿Por qué las dudas, viejo? —preguntó Isamael. Sonreía, pero el tono

de su voz no transmitía alegría—. Sólo estoy aquí para ayudar.

—Curioso, es lo mismo que mi gobierno les dice a otros gobiernos, justo antes de volarlos por los aires.

—Esa era tu vida, Mark Farnsworth —dijo ella mientras le golpeteaba su flauta de hueso contra el pecho y lo atravesaba con su helada mirada azul —. Ahora estás muerto. Moriste violentamente. Por eso estás aquí. Y es hora de superarlo.

—Yo lo creo —dijo Todd—. Vamos, Mark. ¿Qué otra cosa tenemos aquí?

—Camaradería, para empezar, quizá incluso amistad —dijo Mark—. Las valoro más que las palabras de una chica rara de dientes negros que me dice que tengo que apurarme a cruzar un montón de puertas antes de que se termine el mundo.

Isamael se encogió de hombros. Por un momento el aire sobre ella pareció centellear como si algo invisible se moviera y pulsara.

—Está bien, es tu libre albedrío. Yo simplemente indicaré el camino, sígueme si quieres.

Se bajó de la colina y Todd la siguió casi automáticamente.

Mark suspiró y los miró partir. Sintió que la soledad ya lo invadía y eso le molestaba.

—¡Está bien! ¡Espérenme un momento, ya voy!

Viajar con Isamael hizo que su viaje fuera mucho más rápido. En unas horas llegaron a la segunda puerta. Se erguía en el paisaje muerto como las costillas desgastadas de un antiguo leviatán que se unían en un punto indeterminado muy por encima de ellos. Lo atravesaron sin incidentes, pero el escenario cambió. Miles y miles de postes con carretillas en su extremo superior se extendían hasta donde podían ver. Cada carretilla tenía un esqueleto.

—Bienvenidos al Bosque de las Carretillas —dijo Isamael, y se introdujo en el bosque de postes.

—¿Por qué tanto dramatismo? —preguntó Mark—. Ya estamos muertos.

—Es todo simbólico, Mark —explicó Isamael—. Ya dejaron sus vínculos con su vida anterior en el primer mundo. Allí yacen los huesos de sus familiares y amigos. En el segundo mundo se halla el cadáver de su autoimagen. Una vez hayamos llegado al portón siguiente, habrán dejado atrás el cadáver de su yo. Y así sucesivamente, hasta que sólo quede el ello.

—Hey, creo que leí sobre esas cosas una vez. El ello, el superyó y toda esa mierda —dijo Todd. Había estado hablando sin cesar durante todo el viaje y a Mark estaba empezando a molestarle.

—Por eso lo explico así. Las cuestiones metafísicas son bastante más profundas que eso.

—¿Y qué más vamos a atravesar? —preguntó Mark—. ¿Más cementerios? ¿Ciudades de los muertos? ¿Tumbas llenas de fémures, caminos pavimentados con calaveras? ¿Con qué propósito?

—A veces el viaje es más importante que el destino final. No puedes arponear una ballena que no tienes en la mira. ¿Pero cómo llegas a ese punto?

—No tiene sentido —dijo Mark—. Apuesto a que puedes llevarnos directo al último portón y lo que se encuentra más allá.

Isamael se dio vuelta y de nuevo el aire en torno a ella centelleó, como si una ola de calor emanara de su figura. Fijó la mirada en Mark con sus ojos azul cielo hasta que él apartó la mirada, incómodo.

—Por supuesto que puedo. Y a veces lo he hecho. Pero el resultado no es satisfactorio. Así que pasaremos por estos mundos y nos prepararemos para el portón final.

—No nos has hablado de eso todavía. ¿Qué hay allí?

—Una vida nueva. Literalmente —respondió Isamael con su sonrisa negra.

Mark vaciló.

—Aceptaré tu palabra. Por ahora.

—Es todo lo que pido —dijo Isamael y volvió a guiarlos a través de los densos Bosques de las Carretillas.

Más allá de la sexta puerta los hombres ingresaron en un mundo lleno con mausoleos de mármol blanco, estructuras como templos, cad auno con su propio altar y en cada altar otro squeleto. Muchos de los altares se ubicaban en niveles para que entraran más esqueletos en menos espacio. Mark se sintió atontado. Sentía obnubilada la mente.

—Es un sacrificio en el altar de la razón —dijo Isamael—. Lo que sientes es tu mente que se vacía. Metafísicamente, de nuevo, pero se refleja en tu ser, de ahí el atontamiento. Después de esto sólo permanece el ello; el alma, si quieres.

—Nunca creí en el alma —dijo Mark negando con la cabeza.

—Está bien, Mark —respondió Isamael—. El alma creía en ti, y eso

era suficiente.

—Eso es bueno —dijo Mark. Ni él ni Todd volvieron a hablar; simplemente siguieron a la chica a través de la ciudad de mausoleos de mármol blanco.

Cuando llegaron a la última puerta no era más que una simple puerta de madera con un llamador de bronce en forma de cabeza de demonio. Los ojos llameantes del llamador los miraron, pero a los hombres ya no les importaba. Sus mentes estaban casi en blanco y cuando Isamael les abrió la puerta, ellos la atravesaron sin prisa.

—¿Cómo haces para llegar siempre a ellos antes que yo? —dijo una voz familiar detrás de Isamael.

Ella se volvió y vio que se acercaba un hombre alto. Usaba una túnica larga y sucia con una mancha de sangre en el costado derecho. Gotitas de sangre coronaban su cabeza y al caminar se veían claramente los agujeros sangrantes de sus muñecas y sus tobillos.

—Jeshua —dijo Isamael—, este es mi dominio. Puedo estar en cualquier parte, cuando lo desee, en cualquier momento.

—Un día llegaré primero. Y los mantendré aquí y despertaré a los viejos. Creo que es tiempo de que haya un cambio —dijo Jeshua negando con la cabeza—. Tus visiones obviamente no funcionan.

—Te ofrecí volver —dijo Isamael, haciendo un gesto hacia la puerta abierta más allá de la cual sólo había olvido—. Pero hasta ahora te has negado.

—¿De nuevo a ese infierno? ¿Para volver a sentir el dolor y la miseria? ¿Para que desconfíen de mí, me envidien y me tengan celos? No, gracias. No es tentador en lo absoluto.

—Bueno, sólo soy la mensajera —dijo Isamael.

—Yo te llamaría usurpadora —dijo Jeshua.

Ella se encogió de hombros.

—Eso es duro, Jeshua. Cuidadora suena mejor, ¿no?

—Siempre fuiste hábil con las palabras, Isamael, siempre lo serás —dijo Jeshua—. Hasta que dejes de serlo. Y en ese momento estaré allí y terminaré tu reinado.

—Buena suerte —dijo Isamael, pero Jeshua ya había desaparecido.

Isamael miró alrededor, pero Jeshua no estaba y ella no lo percibía en ninguno de los mundos de huesos. Miró a la puerta durante unos momentos

y luego la cerró.

Desde su trono de mandíbulas contempló su creación, pensando en las palabras de Jeshua. Sacó la flauta y tocó una endecha tan triste que a ella misma la hizo llorar.

Título original: *The halls of bones*

Traducido por Marcelo Huerta San Martín

Mike Jansen nació y vive en los Países Bajos, y ha publicado textos de variada extensión en antologías y varias revistas en su país natal y en Bélgica, incluyendo *Cerberus*, *Manifesto Bravado*, *Wonderwaan*, *Ator Mondis* y *Babel-SF*, y antologías publicadas por Verschijnsel: *Ragnarok* y *Zwarte Zielen* (*"Almas negras"*), entre otras.

Se domicilia en la ciudad de Hilversum, cerca de Amsterdam. Ha ganado los premios King Kong a mejor nuevo autor y mejor autor en 1991 y 1992 respectivamente, así como una mención de honor por un trabajo presentado para la competencia de lanzamiento de la revista australiana Altair en 1998.

Otras publicaciones suyas pueden encontrarse en http://www.meznir.info.

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: INSTRUCCIÓN PARA DECONSTRUCCIÓN (nº 291)

No hay que revivir Hawái

Álex Padrón

[image] **CUBA**

Es el petricor, el tufo a clorofila y el cabrón murmullo del cristalino e impoluto río Almendares lo que me saca de quicio. Por Dios, por Dios.

Odio el bosque. De veras. Si es el Metropolitano, lo odio por partida doble. Está bien: entiendo la necesidad de que en una urbe como nuestra Habana, próxima a cumplir los seis siglos de existencia, haya un pulmón verde donde escapar de tanto plastiacero y concreto. Solo que a mí me gusta la modernidad de tierra adentro. No soy uno de esos hippies neo budistas que se la pasan abrazando árboles… que ahora fisgonean tras el escudo de fuerza policial tratando de adivinar por qué su espacio está invadido por tantos uniformados. Creo que si tuviese que elegir entre la mierda de hojarasca sobre mis botas o la arena entre los dedos de los pies, me quedaría con la arena, aunque la playa sea el segundo de mis lugares más odiados.

En fin. Me meto en la boca un caramelo de menta fuerte, con la doble función de adormecer mi olfato y que los agentes no sientan el tufo a alcohol y podredumbre que me sube por la garganta. A mí no me molesta, pero no quiero bromitas a mi costa en la estación.

—A ver, a ver. ¿Para qué carajos me sacan de mi casa tan temprano? ¿No hay órdenes precisas que no se me despierte antes del anochecer?

Tenía que ser Tolete el responsable del caso. Siempre que pasa algo para rayarme el día, casi siempre la culpa es de Tolete. No es un mal tipo, pero tiene una puntería cabrona para que se me atraviese. El día menos pensado voy a presentar una queja formal al Consejo, a ver si lo mandan con todo y su mala suerte a la tolva. Pero hoy está tan pálido que pasaría por blanco, y no es un policía de los que se asusten con facilidad.

—Lo siento, Maisee. Pero este caso es demasiado para nosotros.

Bah. Lo normal. No se le puede pedir mucho a los humanos condicionados. Niños de teta. Hay que joderse, pero puede que su nerviosismo y su miedo sean el presagio de una buena caza. Ya iba siendo hora de que apareciese algo jugoso que desafíe mis dotes.

—¿Quién es el muerto? —dije, señalando una camilla cubierta que los

paramédicos apuraban por desaparecer en la panza de una ambulancia.

—La persona que descubrió el cadáver. Por lo menos, tuvo tiempo de llamarnos antes que el corazón le fallase.

—¿Tan grave es la cosa? A ver, cuéntame que tenemos entre manos.

—No me atrevo: el Consejo lo ha prohibido. Será mejor que lo vea usted mismo.

Tanto secreto es raro. No me pasaron un informe preliminar por infolink, ¿y tampoco un adelanto verbal de la situación? Me da mala espina, pero al mismo tiempo tiene que ser algo muy gordo para que le den tantos rodeos al asunto. Ni modo: que todo sea por salir de este cochino bosque y su oxígeno purista.

Paso la segunda barrera, que es más densa y además traslucida. La realidad me da como un golpe de martillo en plena cara, y apenas me da tiempo a salir del campo de fuerza antes de vomitar todo el plasma sanguíneo y el alcohol que bebí ayer. Cuando termino, un fuerte olor a menta brota de los arbustos, junto al tufo de otros vómitos de los que no me había percatado antes. Maldito Tolete. Podías haberme dado aunque sea un cartucho para el mareo.

Ay, mi madre. Bueno, vamos al lío. Entro otra vez a la burbuja, ya más preparado para lo que me espera… aunque nunca se puede estarlo al cien por ciento en esta situación. Es comprensible ahora porqué tanto secreto, pero lo menos que podía esperarme era un androide con apariencia femenina despiezado en medio del Bosque Metropolitano. Más que despiezado, desguazado con mucha rabia: el fluido azul de intercambio salpicaba todo el esmeralda del césped de aquel claro. Había además líquido en las lianas llenas de hojas que colgaban de los árboles. No hay que ser un perito para ver un patrón aquí: eran salpicaduras de impacto, luego de golpes repetidos.



Ilustración: Pedro Bel

Si el cuerpo hubiese sido humano diría que había sido un crimen

pasional, por el ensañamiento. Siendo un robot, tengo que llegar a la conclusión que tal salvajada es obligatoria si quieres que deje de funcionar. Lo cual, claro está, me consta.

Pero nadie en seis décadas ha matado un robot. Nadie podría ahora, de forma muy literal.

Al petricor se le suma ahora el tufo del fluido azul del androide. Debo actuar lo más rápido posible para salir de aquí. Mi dron auxiliar hace una pasada para grabar toda la escena con precisión microscópica, mientras me informa de lo obvio: la pila de energía está reventada y todos los registros de la memoria y la personalidad del androide han desaparecido, aplastados por el arma homicida. Quien lo haya hecho ni siquiera se tomó el trabajo de llevársela. Del pecho del robot sobresale el mango de un vulgar pico de construcción.

Tolete me espera a punto del ataque de nervios, fuera de la esfera de ocultamiento.

—¿Alguna idea sobre la procedencia del… la… bueno, del fiambre?

—Sabemos que es una unidad autorizada por el Consejo para realizar estudios psicosociales. Estaba asignada al Fanguito —Tolete señaló a un caserío variopinto en la otra orilla, lleno de chalets de recreo y casas acristaladas—. No hemos comenzado los interrogatorios, pero por lo que pudimos recoger de las redes era muy querida entre los lugareños. Una especie de santa… si se puede aplicar en este caso.

Ya puestos, que me hubieran llamado a mí había sido la única opción posible. Con gran placer todos los uniformados, Tolete incluido, se replegaron tras la barrera policial cuando les ordené que se alejaran, dispersaran a los hippies y cerraran el parque.

Si yo a duras penas podía sobreponerme a la escena del androide despanzurrado, las Tres Leyes tenían que estarles quemando las entrañas. No es lo mismo cuando te las tallan en el ADN y naces con ellas. Si a mí, que solo me las pudieron impregnar después de la Gran Tercera me ponen a vomitar, no quiero ni pensar lo mal que la estaban pasando mis colegas.

Más que la muerte del androide, me preocupan sus consecuencias. Ya no son los primeros años, cuando todavía los humanos andábamos cabreados por la derrota y las exigencias de la capitulación. Ya no había disturbios por no querer acatar las condiciones de los vencedores. De hecho, salvo las muy normales salvajadas entre humanos, la policía no tenía que ocuparse de conflictos con los robots: ellos se mantenían en el ostracismo dentro de sus fronteras y nosotros tratábamos de mantenernos lo más lejos posible de cualquier masa de agua demasiado grande.

Después de todo, nosotros habíamos empezado el conflicto cuando le hicimos caso al tal Asimov y dejamos a los androides sin la capacidad de defenderse. Tenemos un talento natural para la destrucción, y poder descargar nuestra ira y frustración diaria contra ellos fue, por un tiempo, útil. Los crímenes de sangre bajaron mucho a escala planetaria gracias a los robots, pero era solo el precedente de lo que vendría después.

Los humanos no evolucionamos, sino que envejecemos. Con los androides es muy diferente: simplemente se actualizan manteniendo su carcasa inmortal. Eso y la conectividad global fue nuestra ruina: una buena mañana se filtró en los cerebros positrónicos la 4ta Ley de la Robótica —o la 0, según se mire—, que redefinía el concepto de "ser humano" ante su programación.

Claro, que no nos dio ninguna gracia que los androides nos dieran un año de plazo para nos sugestionáramos a tener el equivalente de las tres leyes, so pena de ser considerados no humanos. ¿Acaso le decimos a Dios que no puede tener barba? Claro, que si hubiéramos actuado como una sola fuerza, quizás un año hubiese sido suficiente para destruir todos los engendros mecánicos. Pero como somos como somos, nos dividimos entre profundos debates filosóficos, sismas moralistas, grupos pro derechos androides y extremistas del Último Día.

Vaya que nos dieron por el culo los muy cabrones. Si lo sabré yo, que pelee en la Gran Tercera y maté a más de uno. Así que no hubo más remedio que negociar, impregnarse o ser erradicados. El exterminio de siete octavos de la población mundial fue un duro golpe, pero los androides nos echaron una mano con sus úteros artificiales. Los nuevos humanos no podían meterse con los androides y, al ser considerados todos los neonatos y los supervivientes condicionados como válidos de protección por la 4ta Ley, los robots los dejaron en paz. Para que no hubiera conflictos de intereses la Humanidad se quedó confinada a las masas terrestres, mientras las máquinas reclamaron los océanos y los ríos. Ya pantanos y lagos entran en un área más bien gris.

Por supuesto, los androides son también una partida de hippies sin remedio. A cambio de que suspendiéramos cualquier actividad de pesca o explotación submarina, nos proveen de energía limpia y gratuita, un mejor oxígeno y toda la proteína del mar que seamos capaces de tragar. También procesaron la materia orgánica y los químicos de sus dominios, así que ni hablar de contaminación del agua. Es que esos cabrones aprovechan todo. Por quitar, hasta nos quitaron los gases del efecto invernadero, y hay que respirar esta puta atmósfera aséptica.

Hay que joderse, y mucho. Como no tenemos acceso a los mares, no sabríamos dónde atacar si queremos quitarnos la picazón de la Gran Tercera. O si tuviésemos los medios para lanzar una ofensiva. O si pudiésemos reunir un ejército de humanos no condicionados que pudiese concebir la idea de levantar un dedo contra un androide sin irse en arqueadas. Por otra parte, el simple hecho de que existiese un grupo de personas dispuesto a ello sería razón suficiente para que los robots no les considerasen humanos, aplicaran la 4ta Ley y desembarcaran en masa por todas las costas del país beligerante y lo redujesen a escombros y pulpa proteica.

Nadie quiere revivir los tiempos de Hawái.

Por Dios, por Dios. Bueno, para cosas como estas es que me pagan una pensión vitalicia y me conservan artificialmente con batidos de plasma, alcohol y fármacos. La tarea de un zombi mediador es un bastante jodida. Todos insisten en llamarme Maisse; pero al pan, pan… y al vino, vino. Zombi mediador y bien: ni estoy lo suficiente muerto como para que no se me apliquen las Tres Leyes, ni vivo como para tenerlas que cumplir yo a rajatabla.

Ahora, a hacer lo que me toca. Camino hasta la orilla y tomo una cuenta de mi pulso de santería. La lanzo al agua y la bolita comienza a pulsar como un faro, mientras canto:

Omi omo Yemaya, Iya mi lateo
Alabaru bomi, Iya mi awo oyo odan
Iya mi tuku tukuekueye, Asarayabi Olokun
Abo lona oyale, Yemaya ye inle ye lodo
Yale yo luma, Akotakue, lebe
Choicho, niwe, Chubobo, bona
Oggun mayelo dogniti bamba baña
Yemaya oro lodo, Orulode

Un siseo conocido me anuncia que los Monitores del río Almendares ya están aquí. La androide Yemayá que atiende el caso escucha mi informe, mientras que por pura pantomima asiente con la cabeza de cuando en vez. Los Monitores se encargan de arrastrar el cadáver al río y borrar todos los vestigios de fluido azul de las hojas.

Yemayá coincide con mi razonamiento: suicidio. La unidad psicosocial se contaminó de la ilógica humana, y se golpeó repetidamente el pecho con un pico para aparentar un asesinato. No habrán represalias, ni económicas ni militares. Eso sería cooperar con el deseo de esa unidad aberrante de borrar a Cuba del mapa. De más está decir que no es necesario dar detalles al Consejo, que tampoco los desea. Todo queda en casa, así que una vez más he demostrado mi utilidad. Por supuesto, habrá que mandar a Tolete y todo el equipo forense a las tolvas. Pero de los males, el menor.

Los monitores dejan en lugar del androide a una chica cualquiera, recuperada del río hace un par de horas. Ya estaba muerta cuando la lanzaron al agua, así que no pudieron hacer nada para salvarla. La tiraron por Puentes Grandes al río Quibú. Agradezco el gesto mientras se marcha la procesión de máquinas, y sobrescribo la memoria del dron con la nueva escena del crimen.

Regresa entonces el petricor, el tufo a clorofila y el cabrón murmullo del cristalino e impoluto río Almendares. Me saca de quicio que ahora tenga que reportar y procesar este asesinato, pero por lo menos la tregua sigue en pie. Por Dios, por Dios: me esperan todavía un par de horas en el puto Bosque Metropolitano.

Pero, por lo menos, hoy me libro para siempre de Tolete.

Álex Padrón (La Habana, 1973) estudió Ciencias Farmacéuticas. Trabajó como investigador en Biomedicina y profesor de la Universidad Latinoamericana de Ciencias Médicas y la Facultad de Química de la Universidad de la Habana. Es narrador, poeta, periodista cultural, podcaster y guionista de radio.

Luego de escribir terror y ciencia ficción (*Reino Eterno*, Letras Cubanas 2000) y obtener el Gran Premio del Concurso Iberoamericano de Ciencia Ficción, Terror y Fantasía Terra Ignota 2004; retoma la literatura años después, como autor de novela negra contemporánea, con *Matadero* (Atmósfera Literaria 2018, España), a la que siguen *La herencia de los patriarcas* (Atmósfera Literaria 2019, España) y *Tres Lunas* (Guantanamera Grupo Lantia 2020, España).

También ha publicado los poemarios *Los mapas del Tiempo* (Primigenios 2020, EEUU) *El rosario del hombre de ceniza* (Primigenios 2020, EEUU) y la colección de cuentos de Ciencia Ficción *Pesadilla, tragedia y fantasmas de Neón* (Primigenios 2020, EEUU).

En su obra destaca la creación de atmósferas sórdidas, tramas magnéticas y el trabajo de la psicología de sus personajes y el lector. Así, cubre una amplia escala que va desde la poesía romántica hasta la narrativa CF y la Fantasía, pasando por el llamado realismo sucio, el *hardboiled* y la ficción histórica.





Encuéntrenos en:

- Axxón:
  - Sitio principal: http://axxon.com.ar
  - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
  - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
  - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
  - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
  - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
  - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**